

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

Luc., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 17 Febrero 1906.

Núm. 7.

Catequística.

(Continuación).

No basta ser cristianos, es decir, estar bautizados, para obtener nuestra eterna salvación. Necesario es que se cumplan las promesas hechas en el bautismo y perseverar en ese cumplimiento hasta el fin de la vida. De otro modo, el carácter de cristiano sólo serviría para nuestra mayor condenación. Pues, habiendo tenido la inefable dicha de conocer á Jesucristo y su santa ley, lo habríamos ofendido más, que si no lo conociéramos, como, afirma el Apóstol San Pablo, y se hará más difícil nuestra eterna salvación (1); como lo explicó muy gráficamente nuestro Salvador en el símil del inmundo espíritu arrojado, primero, por la gracia del alma del pecador, pero que vuelve á entrar después por el pecado, trayendo consigo otros siete espíritus peores que él y haciendo que el segundo estado del pecador sea mucho peor que el primero (2).

Esa es la razón por la cual el Catecismo de Pío X pregunta:—*¿Quién es verdadero cristiano?*—y se responde:—*Verdadero cristiano es aquel que está bautizado, que (además) cree y profesa la doctrina cristiana, y (por último) obedece á los legítimos Pastores de la Iglesia.*—

Se supone, pues, en esta pregunta, y lo mismo en la respuesta, que hay dos clases de cristianos: unos verdaderos y otros falsos.

(1) Hebr. 6, v. 4; y 10, v. 26.

(2) Mat. 12, v. 43 al 45, y Luc. 11, 24.

Los verdaderos cristianos, llamados también cristianos *católicos*, y solamente *católicos*, son aquéllos que, estando bautizados, hacen las dos cosas siguientes: 1.^a creer y profesar la doctrina cristiana, y 2.^a obedecer á los legítimos Pastores de la Iglesia. Estos se llaman *católicos*, porque son hijos de la Iglesia Católica, esto es, de la Iglesia *universal*, que es la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo, para que todo el mundo entre y se salve en ella, y para que extienda su luz é influencia santificadoras por todos los tiempos y lugares, hasta la conclusión del mundo. Como esta Iglesia es la fundada sobre los doce Apóstoles, como sobre doce piedras angulares, y fué propagada en virtud de la predicación, trabajos y martirio de ellos, se llama también *Apostólica*, y como, por último, San Pedro, que fué el príncipe de los Apóstoles y el primero de los sumos Pontífices, estableció su cátedra en Roma y en ella murió, se llama también la Iglesia de Cristo Iglesia *Romana*. Por eso los cristianos verdaderos son *católicos apostólicos y romanos*; y los que dicen que son católicos y apostólicos, pero romanos no, no saben lo que afirman, pues, si lo supieran, no lo dirían, como más clara y extensamente se verá en su oportuno lugar.

Se requiere, pues, para ser verdadero cristiano, ó para ser católico, estar en verdadera comunión con la Iglesia católica, primero por la unidad de fe, y segundo por la unidad de régimen ó de obediencia á una misma y legítima autoridad. Lo primero se cumple profesando las mismas verdades de fe que la Iglesia profesa, y que son en sustancia las que se profesan en el Bautismo. Se cumple lo segundo obedeciendo á los legítimos Pastores de la Iglesia.

Son legítimos Pastores, el Romano Pontífice, elegido en la forma prescripta por las leyes de la Iglesia, y reconocido unánimemente por ésta como tal (1), y los Señores Obispos en comunión con el Romano Pontífice ó con la Santa Sede.

No basta, pues, creer las verdades de fe para ser verdadero cristiano; es también necesario obedecer á los legítimos Pastores, que tienen sobre los fieles cristianos legítima y divina autoridad, bajada inmediatamente de la autoridad suprema de Dios.

(1) Prescindimos ahora de los diferentes casos que pueden ocurrir en la elección del Pontífice, y nos atenemos á lo más sencillo y á lo que ordinariamente sucede.

Luego, si para ser *verdaderos cristianos* son indispensables la fe y la obediencia á los Pastores; en el sentido ya dicho, serán *falsos cristianos* los que, aunque estén bautizados, no creen las verdades de fe, ó no obedezcan á sus legítimos Pastores.

Los que no creen las verdades de fe se llaman y son *herejes*; y los que no obedecen á los legítimos Pastores son *rebeldes*, y si ellos se erigen en autoridad contra la autoridad legítima, llevan el nombre de cismáticos, y lo mismo los que sigan el bando ó partido de éstos.

Son, por desgracia, muchísimos los falsos cristianos, ó los cristianos que no son católicos. En todos los tiempos ha habido herejías y cismas, y ahora abundan en demasía. La mayoría de las naciones de la Cristiandad, ó del mundo cristiano, no están oficialmente en comunión de fe ni de obediencia con la Santa Sede; son cristianas, porque están bautizados sus miembros, y porque creen en Jesucristo; pero no son católicos, porque no creen como conviene, según dice el Concilio de Trento, y porque no reconocen la suprema autoridad del Romano Pontífice. En ese estado se encuentran Alemania con todos sus reinos, Rusia, Inglaterra, Los Estados Unidos, y otras varias naciones. Algunas, como Francia, reniegan oficialmente de la fe católica, y de la obediencia al Pontífice, para pasarse de lleno á la apostasía, al ateísmo y al culto de la materia. Pues bien; todas esas naciones que están sumidas en las diferentes herejías nacidas del Protestantismo, no son naciones católicas; ni tampoco son cristianos verdaderos los individuos de ellas que á sabiendas acepten la herética doctrina, y nieguen la obediencia al Romano Pontífice. Mas los que, estando bautizados, estén de buena fe y sin culpa ninguna suya en tales circunstancias, esos ciertamente que son cristianos verdaderos.

Debemos advertir que, por lo que dice relación al orden eterno, todo bautizado se supone verdadero cristiano, mientras la Iglesia no le expulse de su comunión, y deberá, por tanto, ser contado entre los católicos, mientras no conste que está excomulgado. De aquí se sigue que los católicos no dejan de ser católicos, aunque cometan pecados contra la fe y contra la obediencia á los legítimos Pastores, mientras no incurran en excomunión. En tales casos serán pecadores, y no serán, por lo mismo, perfectos cristianos, pero no dejarán de ser católicos.

(Continuará).

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica de Sexagésima.

Una parábola muy fácil nos propone Jesús nuestro Señor en el Evangelio de esta Dominica. *Salió un sembrador á sembrar su grano, decía á las turbas, y cuando sembraba, una parte cayó cerca del camino, y fué pisada, y los pájaros del cielo se la comieron. Otra cayó en un paraje pedregoso, y apenas nació se secó, porque la faltaba jugo. Otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo con ella las espinas, la sofocaron. La otra parte cayó en buena tierra y, habiendo nacido, dió un fruto centuplicado.*

Esta parábola resulta todavía más comprensible por haberse dignado el mismo Jesucristo abrirnos el sentido de ella. Según el cual resulta ser aquel grano ó semilla la palabra de Dios, así la interior, que suena dentro del alma y es la inspiración divina, como la exterior, que entra por los sentidos mediante sermones, lecturas espirituales, conversaciones y otros medios exteriores. Los que están cerca del camino son aquellos que tienen un corazón duro, como camino hollado y pisado. Reciben la semilla, pero no se penetran de ella. Como camino abierto, dan entrada á todos los pensamientos terrenos, y el demonio viene y quita esta palabra de su corazón, no sea que creyendo se salven. Otros reciben la semilla en terreno pedregoso. Tienen alguna blandura natural y gusto en oír la palabra de Dios; conciben buenos deseos y comienzan á ejecutarlos; pero en levantándose tentaciones del demonio ó de los hombres, se seca el jugo de la tierra, y la semilla también se seca. La otra parte, que cayó entre espinas, representa á aquellos que reciben la palabra de Dios; mas no fructifica, pues creciendo en ellos la aflicción á las riquezas, á los placeres de la vida y deleites de la carne, ahóganles el espíritu de la devoción. Finalmente, los últimos, son los que reciben la divina palabra con corazón recto y bien dispuesto, y así la conservan y en ellos produce mucho fruto de paciencia.

Ved aquí una exposición hermosa y sencilla. Parece ser que Jesús tenía un empeño especial en inculcar esta doctrina, pues tanto se detiene en ella, y antes de empezar su explicación dice con grande énfasis: *El que tenga oídos para oír, que oiga.* Y esto á grandes voces, como hace notar San Lucas: *Haec dicens, cla-*

mabat. Bien sabía el Señor lo que se hacía. Preveía á ciencia cierta lo necesitada que había de estar nuestra sociedad contemporánea de estos avisos, y era necesario que clamase para que el eco de su voz repercutiese en nuestros oídos.

Y en verdad que se notan grandes abusos entre los cristianos, en lo que se refiere á oír sermones y pláticas. Se empieza por no tener hambre de la divina palabra. Lo cual es un síntoma muy grave. Porque así como el que ha perdido las ganas de comer da indicios de tener algún tanto quebrantada la salud corporal, del mismo modo el que no tiene hambre del manjar del alma da señales de que la tiene enferma. Bien claro lo dijo el Señor: *El que es de Dios oye la palabra de Dios.* Y luego continúa diciendo á los judíos: *Y por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios.*

Muchos van á la iglesia á oír los sermones sólo en aquellos días en que tienen noticia de que ocupará la cátedra sagrada un distinguido orador, por admirar su gracia y donaire, su elocuencia y bien decir. No quitan de él los ojos, pues quieren sorprenderle hasta el más ligero movimiento. Después vendrá la censura, y es necesario emitir su dictamen y compararlo con el orador A. ó con el orador B. Por ventura sucederá alguna vez que, esperando oír á este orador, sea otro el que sube al púlpito á suplir la falta del que ellos juzgan muy superior á él. Veréis entonces que no pueden reprimir los movimientos de impaciencia. Pobre orador: ya puede decir cosas admirables. Aunque hiciera milagros habrían de pasar por soserías. Cuán poco penetrados están tales oyentes de aquellas palabras que dijo el Señor á sus Apóstoles: *El que á vosotros escucha, á mí me escucha;* estando en ellas comprendidos también los predicadores evangélicos de todos los tiempos. Estos curiosos oyentes echan por tierra esa tan grande autoridad que Jesucristo concede á todos sus predicadores, comparando sus palabras con las que El usaba, y su doctrina con la admirable doctrina que El nos enseñó.

Otra clase de personas hay que van, sí, á la iglesia, y oyen hasta con gusto toda clase de sermones; pero en todo el tiempo que están en la iglesia no hacen sino aplicar á otros lo que se dice, como si nada fuese dicho para ellas. ¡Qué bien le viene esto á Fulano! ¡Pues lástima que no estuviera aquí Fulana: qué bien le cuadra estotro! Y en esto pasan todo el tiempo del sermón, haciendo, como dice un autor piadoso, el oficio de trinchantes,

que todo lo reparten, y ellos se quedan sin nada. Ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo.

Pues para evitar estos extremos hemos de procurar poner en práctica varios medios que nos dan los autores ascéticos. Y entre ellos el primero y principal es convencerse de cuánta importancia sea aprovecharse de la sagrada doctrina, pues es manjar del alma; y así como el no retener uno la comida en el estómago es señal de peligrosa dolencia, así lo es también el no retener en su corazón la palabra de Dios.

Convencido ya el cristiano de esta necesidad, debe procurar no ir á los sermones por costumbre y cumplimiento, sino con verdadero deseo de aprovechar, no estando allí distraído, pensando en otras cosas ó durmiendo, pues á éstos verdaderamente es á los que el demonio roba la semilla para que no fructifique en su alma.

No debe atenderse tanto al modo y la gracia del que predica cuanto á aquello que se predica, porque, aunque es cierto que siempre es más agradable un plato si está bien presentado, aun no estándolo no lo desprecia ni se para en estas exterioridades el que siente verdadero apetito. Y aquí conviene advertir que no todos los sermones son para decir cosas curiosas y nuevas, sino para traer á la memoria las ya conocidas, las cuales, si no se repiten, fácilmente se dan al olvido.

Hemos de procurar sacar algo de las pláticas y sermones para después, pues siendo la palabra de Dios alimento del alma, con grande interés hemos de procurar no nos falte, haciendo grande acopio de ella en nuestros corazones.

Por último, á todo esto debe unirse un gran respeto á las palabras de los predicadores. Baste decir que Dios las hace suyas, diciendo que el que á ellos escuchare á El le escucha, para comprender con cuánta veneración debemos acogerlas y guardarlas dentro de nuestro corazón.

Cuando el Emperador de la China expide una carta, la encierra en una cubierta de púrpura, la coloca sobre el regio trono y es llevada después en una magnífica carroza escoltada por la guardia imperial. Todos los chinos la contemplan con el más profundo respeto, y á su paso doblan la rodilla ante ella.

¿Cuál será, pues, la veneración debida á la palabra de Dios, llamada, en el lenguaje de los Santos Padres, *cartas de Dios*?



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Innumerables son los hechos que nos lo demuestran. La virgen del claustro, que escucha al Señor, llamándola á rogar por los pobres pecadores, arde en deseos de postrarse ante su Dios, y postrada en tierra, clama con voz entrecortada por suspiros: Señor, haced que los corazones todos se enciendan en vuestro santo amor, para que el mundo sea un templo grandioso, en donde se os canten alabanzas, como os cantan los ángeles en el cielo; la voz misteriosa de Dios penetra en el alma de los misioneros, y éstos, sin temor á las inclemencias de un invierno cruel, ó á los abrasadores rayos de un sol tropical, cruzan los mares ó las montañas de nieve para llevar la civilización cristiana á lejanos países. Por este deseo de la gloria de Dios y del bien de la humanidad, San Vicente de Paúl recoge á los niños abandonados en las calles de París; San Juan de Dios lleva en sus hombros al enfermo para colocarlo en la cama de un hospital; el apóstol predica, el mártir muere.

Claro es que este deseo debe ser proporcionado al estado de cada uno. Porque, si una persona deseara lo que á su estado y condición no favorece, trabajaría en vano, ó quizá trabajaría mal. Por eso decía San Francisco de Sales (1): «Yo no apruebo de manera alguna que una persona, atada á alguna obligación ó vocación, se pare á desear otra clase de vida, fuera de aquella que es conveniente á su oficio». Así es que una madre, que tiene la misión sagrada de educar á sus hijos con las máximas cristianas, no tendería á su santificación, abandonando á su familia y permaneciendo todo el día en la soledad pasando las cuentas de un rosario, aunque esto sea bueno, cuando las circunstancias no lo impiden; un sacerdote encargado de la santificación de un pueblo no caminaría por la senda de la perfección, si deseara vivir como un solitario de los primeros siglos del cristianismo; y á este tenor podríamos decir de todos los hombres. El padre debe velar por el bienestar moral y material de su familia, el sacerdote por la santificación de las almas á él confiadas, el soldado por la defensa de su patria, el rey por la prosperidad de su nación, el

(1) Vida devota, parte III, c. 33.

religioso por la observancia de la regla á que está sometido; todos, en una palabra, debemos cumplir en nuestros respectivos cargos, y por consiguiente á todos nos debe animar el deseo de este cumplimiento, deseo regulado por las enseñanzas de la moral cristiana. De lo contrario desearíamos ir al término por caminos, que no nos están preparados, y jamás llegaríamos al fin.

Y cuando sintamos estas aspiraciones nobilísimas en nuestros corazones, hagamos lo que nos enseña el mismo Dios: «Hijo mío, cuando sientes en ti algún deseo de la eterna bienaventuranza, y deseas salir de la cárcel del cuerpo, para contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, dilata tu corazón y recibe con todo amor esta santa inspiración» (1). Y no digamos, que el deseo de la felicidad eterna no es el deseo de cumplir los deberes del cristiano aquí en la tierra, porque en el deseo firmísimo de la bienaventuranza como fin, está incluido el de los medios, que son el fiel cumplimiento de nuestros deberes.

Ni nos debe desanimar la inconstancia de nuestros pensamientos, ó la consideración de la fragilidad humana, porque el espíritu siempre sale con ganancia de los actos que realizamos cuando nos sentimos con estas aspiraciones. Lo que debemos hacer, si el Señor nos concede estas gracias, es no pensar más que en la pequeñez nuestra y en la grandeza de Dios, para que, confiados en la misericordia divina, no desfallezcamos en la práctica de nuestros propósitos. Demos á Dios lo que podamos, pues se satisface con nuestra voluntad. No importa que á El ofrezcamos poco si no disponemos de más cosas que rendirle. Claramente lo enseña El mismo en una de las Epístolas de San Pablo, cuando nos dice (2): «Si un hombre tiene gran voluntad de dar, Dios la acepta, no exigiendo de él más que lo que puede, y no lo que no puede».

De modo, que este deseo es firme, porque no teme á los enemigos que puedan oponérsele; es arraigado porque tiene su fundamento en la humildad, base de todas las virtudes; y, finalmente, es incondicional porque no distingue tiempos, lugares ó circunstancias.

(1) De la imitación de Cristo, por Kempis, L. III, c. XLIX.

(2) 2.^a los Corintios, VIII-12.

(Continuará).



Diálogo.

Entre un perro y un gato.

Los dos animales pertenecían á una familia distinguida, que se componía del señor, la señora, tres señoritas y un jovencito.

Era de noche; el perrillo dormitaba sobre un sillón á escondidas de la vista del criado, que no le miraba con muy buenos ojos: el gato producía esos sonidos propios de los de su clase cuando se hallan satisfechos, y ciertamente lo estaba, próximo á la ceniza aun caliente de la chimenea. Los ojos de los dos animales hubieron de encontrarse en un momento dado, se sonrieron y comenzó á hablar el gato.

—Buenas noches, Poniatowski.

—Buenas noches, Curricuchín. ¡Si baja ese vejstorio buena paliza me espera!

—¿No oyes que ronca como un lirón? Todos duermen y esta es la ocasión de que nosotros nos despachemos á nuestro gusto. Dime, Poniatowski, me parece que podemos estar contentos de nuestros amos. ¿Eh?

—Contentísimos. Se come bien, se pesca algo al descuido y vamos viviendo. En cuanto á mí no cambiaría mi posición con la de ningún otro.

—Y yo haría escritura por los siglos de los siglos.

—Pero...

—Pues ¡entonces, gatito mío!....

—Pues bien, quiero decir que nuestros amos, con todos sus millones, con todo su lujo y con toda su instrucción, son casi unos animales como nosotros.

—¡Poco á poco, amigo! Mira que si nos sienten nos van á regalar alguna cosa buena. Pero ¿por qué dices eso?

—¿Por qué? Porque desde el momento en que entraron en el uso de la razón, nuestros amos debieron tener un poco de religión. Pero ¿notas tú que tengan alguna?

—Yo no he hecho mucho caso de eso: me ocupo de la cocina, de la despensa y de la mesa de los amos; pero no me preocupó de lo demás.

—Pues de religión no tienen una pizca. El amo blasfema como un demonio; el hijo sólo piensa en la bicicleta, en el auto-

móvil, en la caza y en las mujeres: la madre, llena de vanidad, sólo vive para el tocador, en tanto que las señoritas se ocupan en leer novelas.

—¡Seres afortunados!....

—En una palabra, sólo viven para comer, divertirse y hacer negocios. ¿Y es esto en lo que consiste la vida del hombre?

—Lo mismo hacemos nosotros...

—Porque somos animales; pero los hombres tienen otro destino. ¿Has visto por ventura, Poniatowski, orar á nuestros amos? Se levantan de la cama y apenas si hacen la señal de la cruz. Vuelven á la cama como nosotros á la cocina. Pero ¡una oración, una palabra para Dios, un pensamiento para el cielo!.... Eso, no.

—La verdad es esa.

—Luego no van á la iglesia, exceptuando las señoras, que alguna vez asisten á la Misa mayor para lucir sus vestidos. ¿Es que no saben lo que es la casa del Señor? ¿Es que no conocen los Mandamientos de Dios y de la Iglesia?

—No se cuidan de esas cosas.

—Que son, sin embargo, las más importantes al hombre. Así que en Cuaresma y en los demás días prohibidos los vemos promiscuar y hasta comer de carne.

—Es verdad, convengo en ello.

—Y no cumplen con el precepto pascual. ¡Creer que estos señores van á confesarse... á comulgar!.... Morirían de vergüenza... Tendrían miedo de que los vieran...

—¡Y qué conversaciones tienen contra la Religión y contra los sacerdotes! Cuando por la tarde vienen de paseo, ¡qué hablar de personas y cosas eclesiásticas! Yo, aun cuando soy un animal, comprendo que disparatan y que hablan de cosas que no entienden.

—Cierto. No puedes imaginarte la ignorancia de ciertos señores en materia de religión. Y fácilmente se comprende: porque ni van á los sermones, ni asisten á las instrucciones religiosas, ni leen un libro devoto, ni han estudiado el Catecismo de la Doctrina Cristiana, y si lo han estudiado, lo desprecian y apenas si recuerdan nada de él. El criado, el cocinero, los cocheros de nuestros amos son teólogos en comparación suya.

—Lo creo, y es una verdadera lástima. Si se instruyeran en

estas cosas, ellos que tienen mucho talento, serían buenos creyentes, excelentes cristianos.

—Me da mucha pena de los señoritos. Van creciendo sin religión. Mi abuela (una gata que nació y pasó su vida en esta casa) me habló mucho de los antepasados de nuestros amos. Parece que se diferenciaban muy poco de éstos en cuanto á religión. Al fin les llegó su hora: se buscó al Párroco, que al llegar precipitadamente, los encontró en la cama casi sin sentido, y más en el otro mundo que en este. El píadoso sacerdote, lleno de celo, trató de instruirlos, de conmoverlos, de prepararlos para el gran paso de la eternidad, pero aquellos pobrecitos no entendían, ni podían entender una palabra, y á poco murieron...

—Como habían vivido; es decir, sin Dios y sin fe.

—Y con Dios Nuestro Señor no se juega...

Más querían decir nuestros interlocutores; pero se sintieron pasos, en el silencio de la noche, que indicaban que alguno bajaba la escalera. Era el viejo criado que iba á buscar té y otras yerbas para aliviar la indisposición que padecían sus señores; y Poniatowski saltó al punto del sillón, y, como una saeta, se escondió todo temblando detrás de un sofá en tanto que Curricuchín permanecía al lado de la ceniza de la chimenea como un banquero que piensa marchar al extranjero.

(Traducción libre.—Strenna del Párroco, año 1904).

Liturgia.

(Continuación.)

Hay autores que opinan que el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, fué quien instituyó el Adviento, y aun más, que desde entonces comprende las cuatro Dominicas de que ahora consta; pero esta opinión parece no se apoya en fundamento alguno sólido, ni hay vestigio alguno que justifique tal aseveración: lo más probable es que la institución del Adviento no se remonta más allá del siglo IV, por ser precisamente esta la época en que se estableció la festividad de Navidad con el nombre que al presente lleva.

Lo que está fuera de duda es que el Adviento es tan antiguo como la mencionada fiesta de Navidad; no habiendo nada de ex-

traño en ello, porque nuestros antepasados no concebían el modo de celebrar dignamente una fiesta, sin preparación adecuada y conveniente á la misma, y siguiendo la fiesta de Navidad á la de Resurrección en dignidad, la preparación, por consiguiente, debía ser proporcionado á su importancia. Así vemos que por esta razón el Adviento constaba de seis semanas, á semejanza de la Cuaresma. El documento más antiguo que tenemos sobre el Adviento es el reglamento de San Perpet, del que ya hemos hecho mención arriba, ignorando si con su decisión establecía una observancia nueva ó no hacía más que confirmar una ley de antiguo ya establecida; aunque creemos que el Santo no se propuso otro fin, que regular y ordenar de un modo especial el ayuno, suponiendo ya establecido el Adviento, y determinar además cómo había de santificarse este tiempo por el ayuno.

La forma litúrgica del Adviento, tal como en la actualidad se observa por la Iglesia Romana, ha experimentado algunas variaciones. San Gregorio el Grande parece fué el primero que fijó á las Iglesias de rito romano la forma del oficio en el tiempo de Adviento. El ritual de San Gelasio, Papa, (491-496) no contiene ni oficio, ni Misas preparatorias de Navidad; los primeros de los que á esto se refieren se encuentran en los rituales de San Gregorio (590-604) en los que hay cinco Misas, porque Roma observó desde luego las cinco semanas de Adviento, que precedían al nacimiento del Señor, y que se contaban á la inversa; es decir, que el primer Domingo era el más próximo al día de Navidad, y así sucesivamente. A partir de los siglos IX y X estos cinco Domingos se redujeron á cuatro, como puede verse en Amalario, Bernon de Richenaw, Rathier de Verona y San Nicolás I; número que señala también el ritual gregoriano dado por Pamelio, y que al parecer data de dicha época, en el que únicamente hay cuatro Misas. Por consiguiente, el oficio de Adviento, en la forma que hoy día tiene en la Iglesia romana, no cuenta de duración más de unos mil años, pocos más ó menos.

MÍSTICA DEL ADVIENTO. Al hablar de la constitución de este tiempo, hemos dicho que la Iglesia lo instituyó con el fin de preparar á los fieles á celebrar santamente el aniversario de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Pero no basta esto, es también necesario que profundicemos más y más en este pensamiento íntimo y fundamental de la Iglesia, ó lo que es lo mismo, consideremos su mística, para ver después los medios de que se ha valido dicha Iglesia para hacernos sensible dicha idea, y que forman la Liturgia del Adviento.

Tres advenimientos de Nuestro Señor Jesucristo distingue el Doctor melífluo, San Bernardo, al tratar de la mística del Adviento; uno á los hombres, otro en los hombres y el tercero y último contra los hombres, ó más claro, su advenimiento al mundo por la Encarnación, su advenimiento en espíritu á nuestros corazones

por medio de la gracia, y su último advenimiento cuando como Juez inexorable venga á juzgar á los vivos y á los muertos.

El primer advenimiento de nuestro adorable Redentor, aunque realizado ya hace veinte siglos á media noche en el portal de Belén, según refiere el Evangelio, cuando dice: «En medio de la noche se ha oído una voz. He aquí al Esposo»; no obstante, nuestra Santa Madre la Iglesia nos lo recuerda todos los años y aguarda llorosa é impaciente durante el Adviento la venida del Salvador en su primer advenimiento. Para expresar mejor estos sentimientos toma el inspirado lenguaje de los Profetas, al que añade también sus propias súplicas; y los suspiros que por el Mesías se escapan de su boca, no son una sencilla conmemoración de los deseos del pueblo antiguo, antes por el contrario, tienen un valor real y positivo, que eficazmente influyen para con el Padre celestial, que en su munificencia nos concede á su divino Hijo. Desde la eternidad resuenan en los oídos de Dios las oraciones y súplicas de la Sinagoga y de la Iglesia, y cuando en su alta é infinita sabiduría ha creído llegado el momento oportuno, es cuando ha descendido sobre la tierra el benéfico rocío que ha hecho germinar al Salvador.

(Continuará).



Variedades.

LA CRUZ MILAGROSA

No creáis es un cuento lo que voy á contaros, no; es una leyenda histórica, una verdadera historia que la tradición se encarga de transmitir de una á otra generación, y de la que existen datos y señales que hacen creer de modo ciertísimo en su verosimilitud. De ella guardan, con respetuosa fe y acendrado cariño, dulce recuerdo los simpáticos habitantes de la villa de X, cuyo nombre no hace al caso, pero que existe en la provincia castellana cuya capital lo es hoy día de la nación española.

Figuraos un valle de unas cuantas leguas de extensión, con frondosas alamedas y fértiles tierras, que merced á las aguas de no muy caudaloso, pero sí pintoresco río, produce con pródiga abundancia apreciados cereales, útiles verduras y sabrosas frutas. Los límites de este valle lo constituyen pequeños montes, cuyas suaves vertientes y laderas no ofrecen sino líneas confusas, esfumadas, y en los que sólo se perciben el verdor de los viñedos, cuyo tono claro hace resaltar el oscuro de los olivares, y algún

que otro manchón blanco semejante á un copo de nieve; que nos señala un templo del trabajo, una colmena. Solamente en un punto desaparece esta suavidad de líneas, como queriendo dar mayor grandeza y relieve á su magnificencia; es una peña cuyo extremo superior, enlazado al viso del monte donde empiezan largos llanos, está cortada á la vista del valle en una profundidad de cuarenta á cincuenta metros, de una manera dura, agreste, con una majestad salvaje que sobrecoge el ánimo y retiene instintiva é inevitablemente la mirada y el pensamiento, aumentando esa majestad si desde lo alto de la peña se dirige la mirada al fondo del valle.

Suponeos, ahora, una noche oscura y tempestuosa del mes de Mayo: del año de 16., en que el ruido del trueno, no interrumpiéndose jamás, y el viento y la lluvia con su pujante poderío, se unen á la rapidez y vivacidad de los relámpagos para amedrentar el ánimo más sereno y esforzado, y tendréis el fondo del cuadro en el que sólo aparece un personaje.

Es un fraile del convento enclavado por aquellos tiempos en las cercanías del indicado pueblo, que, caballero sobre una mula, regresa á su humilde y solitaria celda, después de haber cumplido su penoso deber de auxiliar cristianamente á un moribundo en cercana aldea. Viene por el llano buscando el tortuoso camino que, descendiendo por la ladera, va á terminar en el valle, conduciéndolo á su conventual morada, y que con la oscuridad de tan terrible noche ha perdido, pudiendo sólo vagar al azar con la oración en los labios y el pensamiento y su confianza puestos en Dios.

De repente, y al resplandor producido por uno de los muchos relámpagos, se apercibe del inminente peligro en que se encuentra, al hallarse en el mismo borde del precipicio y del que se salva deteniendo con instintivo movimiento su cabalgadura. Al propio tiempo se orienta, reconoce su posición, y apeándose de su mula, se arrodilla dando gracias á Aquel que tan providencialmente le ha salvado, prometiendo ir peregrinando á Jerusalén en busca de un trozo del leño en que fué crucificado el Redentor del mundo, para que, dedicándole culto, se perpetúe el recuerdo del milagroso hecho y colocar en lo alto de la peña una gran cruz que, destacándose sobre el horizonte, señale á los caminantes el peligro cercano.

En varias ocasiones había oído repetir esta leyenda histórica, y un día fuí para ver el recuerdo perenne que de ella me dijeron existía. Efectivamente, cerca, muy cerca del borde del abismo se encuentra impresa la huella de una herradura que ni el tiempo ni la naturaleza han logrado hacer desaparecer, cual si siempre tuviera que ser testimonio inapelable de la veracidad de este episodio que conserva la tradición como uno de tantos religiosos y respetados recuerdos.

Noticias generales.

Se han recibido en esta redacción las publicaciones siguientes: *El Adalid Seráfico*, *El Perpetuo Socorro*, *El Eco Franciscano*, *La Montaña de S. José*, *La Semana Católica* de Madrid, *La Cruz*, *El Monte Carmelo*, *La Semana Católica* de Bilbao, *El Pan de los Pobres*, *El Promotor de la devoción á la Sagrada Familia*, *La Propaganda Católica*, *Las Hojitas del Hogar*, *El Correo Josefino*, *El Boletín Eucarístico* de Málaga, *La Lámpara del Santuario*, *La Caridad*, *La Lectura Popular*, *El Castellano*, *El Carmelo* de Italia, y los periódicos locales.

A todos agradecemos el cambio y aguardamos establecerlo con las demás publicaciones católicas.

*** Un apóstol francés del socialismo ha dejado burlados, y sin 120.000 francos, á los pobres obreros cuyos fondos administra y *administrará*. Los obreros han escrito á Suiza para ver... cómo se quedan sin sus ahorros.

*** El docto y virtuoso Prelado de la Curia Romana, Monseñor Nicolás Marini, sustituto de la Secretaría de Breves pontificios y director de la benemérita revista *Bessarione* acaba de ser condecorado por el Gobierno de Grecia con la Cruz de Gran Oficial de la Orden del Salvador.

Durante el Congreso Internacional de Arqueología, celebrado el año pasado en Atenas, Mons. Marini supo granjearse las simpatías de todos en Atenas, en donde asimismo dió pruebas patentes de su profundo conocimiento de la antigua literatura griega.

*** M. Gérard, excelente católico del departamento d'Ille et Vilaine (Francia), ha tenido la iniciativa, digna de imitación, de ir dando por todo el país conferencias, en las que haciendo caso omiso de la política, y tratando sólo de puntos religiosos, habla á los obreros y á los labradores en un lenguaje sencillo é inspirado en una fe profunda.

Mientras los protestantes hacen su propaganda viajando en automóvil, él, que lo hace casi siempre á pie, predica la buena nueva y persuade á todos por la sencillez misma de sus razonamientos.

*** En Valencia se están dando estos días una serie de conferencias interesantísimas, de las cuales se esperan excelentes resultados.

El lunes tuvo lugar la cuarta de la serie, y estuvo á cargo del Jesuíta P. Sellas, dignísimo discípulo del P. Van Trich. Trató de los medios más eficaces para fomentar la buena prensa.

*** El día 30 del pasado mes se celebraron solemnes honras fúnebres por el alma del llorado Cardenal Arzobispo de Sevilla, en la Capilla de San Aniceto del Colegio español.

A ellas asistieron, además del Cardenal Vives, el personal todo de la Embajada española, los procuradores generales de Benedictinos, Carmelitas, Capuchinos, Franciscanos, Trinitarios, Dominicos, Jesuítas, Escolapios del Venerable P. Claret, Agustinos, Recoletos, los Capellanes Reales de Montserrat, la Condesa de Benomar y toda la colonia española.

Santorial.

Día 18, Domingo de Sexagésima. Stos. Simón y Eladio.

Día 19, lunes. Stos. Gabino y Alvaro de Córdoba.

Día 20, martes. Stos. León y Eleuterio, ob.

Día 21, miércoles. Stos. Félix y Severiano.

Día 22, jueves. La Cátedra de San Pedro.

Día 23, viernes. Stas. Margarita de Cortona y María.

Día 24, sábado. S. Matías, ap.